

# No tienen vino

---

## Retiro espiritual para Laicos

---

❖ *«Haced lo que él os diga» (Jn 2, 5)*

Vamos a preparar  
el camino del Señor.  
Vamos a construir  
la ciudad de nuestro Dios.

Vendrá el Señor  
con la aurora,  
Él brillará en la mañana,  
Él nos dará la verdad.  
Vendrá el Señor con su fuerza,  
Él romperá las cadenas,

Él nos dará la libertad.

Él estará a nuestro lado,  
Él guardará nuestros pasos:  
Él nos dará la salvación.  
Nos limpiará del pecado,  
ya no seremos esclavos.  
Él nos dará la libertad.

Vamos a preparar...

---

## Gracias al sexto sentido de María...

Se dice que las madres tienen un sexto sentido para intuir qué pasa en el corazón de sus hijos. Y también tienen una especial habilidad para caer en la cuenta de los problemas que pueden echar a perder los mejores momentos de la vida de la gente a la que quieren.

Como meditábamos en el retiro anterior, María intuía los sinsabores que laceraban el corazón de su Hijo; los compartió y los vivió desde su confianza inquebrantable en Dios. Y tam-

bién tuvo sensibilidad para captar lo que pasaba a su alrededor, lo que preocupaba y hacía sufrir a su familia y a sus amigos. Esta sensibilidad y capacidad de reaccionar cuando hizo falta también constituye un paso importante en su itinerario espiritual, y debería serlo en el nuestro.

Un ejemplo práctico y muy instructivo ocurrió en las bodas de Caná. Jesús acababa de reunir a sus primeros discípulos y fue invitado con ellos a una boda. Una boda, entonces como



ahora, era una boda, es decir una fiesta en la que todo el mundo se excede un poco y los protagonistas —la familia del novio y la novia— quieren quedar bien. No sabemos por qué la madre de Jesús estaba en aquella boda, pues, al parecer, no acudió con su Hijo, pero «la madre de Jesús estaba allí», en Caná de Galilea, según cuenta el evangelista Juan. Tendría amistad o parentesco con la familia de los novios, suponemos; el caso es que estaba allí y suerte tuvieron, porque pasó lo que no debe pasar en una boda: se quedaron sin vino. Tal

vez fue la imprevisión del novio o que los invitados bebieron más de la cuenta; el hecho fue que se estaban quedando sin vino. Para quienes vivan una espiritualidad etérea, este episodio no tendría mayor importancia; pero quien tenga los pies en el suelo sabe que no era una cuestión menor. Y María se dio cuenta del bochorno que se cernía sobre aquellos jóvenes esposos. Serían el hazmerreír del pueblo a cuenta del vino que faltó en su boda. Bonita manera de comenzar su nueva vida.

María informó discretamente a su Hijo de que no quedaba vino y de lo que se les venía encima a aquellos pobres

novios. Naturalmente, le estaba pidiendo que interviniera. Pero Jesús era reacio a usar sus poderes mesiánicos. Su primera reacción fue la que María esperaba: «aún no ha llegado mi hora». El Hijo eterno de Dios, cuando aceptó el deseo del Padre de hacerse hombre y acampar entre nosotros, asumió que debía «pasar por uno de tantos» sin «hacer alarde de ser igual a Dios», por lo que no era cosa de andar por ahí haciendo milagros a diestra y siniestra. Y, sin embargo, venía a este mundo para ser signo de la presencia amorosa de Dios, lo que obligaba a dejar que en determinados momentos se manifestara la gloria de Dios que le envolvía. Pero, ¿cómo saber si éste era el momento de darse a conocer? ¡Menudo dilema!

Fue María, con su intuición de madre, la que supo que había llegado la hora. Ni corta ni perezosa y con una confianza absoluta en su Hijo, dijo a los sirvientes: «Haced lo que él os diga». Y esperó que ocurriera lo que tenía que ocurrir. Lo que pasó todos lo sabemos: Jesús hizo llenar de agua seis tinajas de casi cien litros cada una y a continuación ordenó que sacaran una muestra y la llevaran al maestresala. Éste dio un respingo al probar el vino que ahora le traían los sirvientes. No entendía cómo el novio había dejado el mejor vino para el final; el maestresala, fiel a su elemental filosofía popular, entendía que el buen vino, primero, y cuando los convidados ya no distinguen, se les puede dar un vino peor. Pero mientras le estaba echando la bronca al novio, los sirvientes lo frenaron al contarle lo que había pasado con las tinajas del agua de las abluciones. El evangelista, testigo ocular de lo ocurrido, escribió en su evangelio: «*En Caná de Galilea hizo Jesús esta primera señal, manifestó su gloria y creyeron en él los discípulos*». Todo gracias a María que supo cuál era el momento.

## ... Jesús manifestó que el Reino estaba llegando

La sensibilidad para captar las necesidades y sufrimientos de los demás y reaccionar en consecuencia es otro de los pasos que María recorre en su itinerario espiritual. Y ha de serlo en el de todo cristiano. Jesús advirtió que «el reino de los cielos sufre violencia» (Mt 11, 12), dando a entender que ni podemos esperar que el Reino llegue cruzándonos de brazos (ahí está la parábola de los talentos: Mt 25, 14-30), ni el del Reino es un camino fácil que pueda andarse sin esfuerzo y decisión.

Por ello Dios ha puesto junto a nosotros, en este camino, un caminante capaz de andar a nuestro paso y prestarnos ayuda cuando desfallecemos, como expresa el siguiente himno litúrgico:

Ando por mi camino, pasajero,  
y a veces creo que voy sin compañía,  
Hasta que siento el paso que me guía,  
al compás de mi andar, de otro viajero.

No lo veo, pero está. Si voy ligero,  
él apresura el paso; se diría  
que quiere ir a mi lado todo el día,  
invisible y seguro el compañero.

Al llegar a terreno solitario,  
él me presta valor para que siga,  
y, si descanso, junto a mí reposa.

Y, cuando hay que subir monte (Calvario  
lo llama él), siento en su mano amiga,  
que me ayuda, una llaga dolorosa.

Encontrarnos con este caminante es decisivo, y recono-

cerle como el primer bienaventurado, imprescindible. María nos facilita este encuentro, cuando nos dice, con total sencillez y confianza: «*haced lo que él os diga*».

Jesús, en su paso por este mundo testimonia y garantiza un sistema de valores alternativos a los que cotizan en nuestro mundo: frente a la idolatría y esclavitud del dinero, la libertad que da la pobreza evangélica; por encima del imperio de la ciencia y la técnica, el aprecio de la dignidad de la persona; frente al individualismo insolidario que nos hace insensibles, la solidaridad y la misericordia; frente al fatalismo, la esperanza. Estos valores son los que hacen posible que Dios reine, que «sea todo en todos», por decirlo con palabras de San Pablo, y, por lo tanto, que no haya lugar para el llanto, ni para la angustia por lo que nos pueda pasar, ni para la insatisfacción o el dolor.

El encuentro con Jesucristo produce la iluminación, que nos ha proporcionado el Bautismo, y reclama una auténtica conversión de nuestra manera de pensar, de sentir y de actuar. Lo cual es posible gracias a la fuerza de Dios que su Hijo hecho hombre nos comunica.

María tuvo una especial sensibilidad para captar el valor de este encuentro con Jesús, como se pone de relieve en el episodio de las bodas de Caná; pero ni para ella, ni para Jesús, ni tampoco para sus discípulos el camino a partir de ese momento sería fácil. El Evangelio de San Juan, donde se narra este primer signo que hizo Jesús, alterna los signos y los enfrentamientos: a cada signo —curación del hijo de un oficial real y del paralítico de la piscina de Betesda, multiplicación de los panes, curación del ciego de nacimiento, resurrección de Lázaro— que autentifica la verdadera personalidad de Jesús sigue una discusión, a veces violenta, con los judíos, que no aceptan la radical novedad de aquella actuación, el cambio de modo de pensar y vivir que implica, y, en definitiva, a Jesús como enviado por Dios. Lo cual pone de manifiesto la aspereza del itinerario espiritual que ha de recorrer el cristia-

no y la necesidad de contar con alguien que haga amable ese camino, a pesar de su dureza.

María logra, en el acontecimiento que estamos considerando, que Jesús inicie los signos por los que da a conocer que el Reino de Dios está llegando; y al mismo tiempo activa el penoso camino de los enfrentamientos entre Jesús y los judíos. Cuando nos acogemos a su intercesión «para que su Hijo no nos desampare», entramos en un juego paradójico, que nos hace experimentar la cercanía de Dios y simultáneamente la punzada del mal que aún hemos de vencer en nuestras vidas y en el mundo para que se manifieste en plenitud la gloria de Dios.

Ya nos gustaría vivir permanentemente en las bodas de Caná. Pero aquello sólo fue un signo para que no nos dé miedo acompañar nuestros pasos a los de Jesús. Acompañar nuestros pasos con los suyos reclama convertir nuestras convicciones, que tantas veces son más parecidas a las del mundo que a los pensamientos de Dios. Jesús tuvo que reprochar a uno de sus más queridos discípulos, Simón Pedro, que sus pensamientos fueran todavía los propios de los hombres, y eso que Pedro había reconocido que Jesús era el Hijo de Dios. A Pedro, y al resto de los apóstoles, les costó lo suyo cambiar de *chip* espiritual.

María hoy nos sigue diciendo: «haced lo que él os diga» con la intención de que consigamos el buen vino que Jesús proporciona: la conversión total de nuestros sentimientos, criterios y acciones.

6

Ruega por nosotros  
amorosa Madre,  
para que tu Hijo  
no nos desampare.

De tus ojos penden  
las felicidades;  
míranos, Señora,  
no nos desampares.

Bien veo, Señora,  
Madre de mi alma,  
que por mis pecados  
lágrimas derramas.

Ruega por nosotros  
amorosa Madre,  
para que tu Hijo  
no nos desampare.

- ❖ *¿Qué sentimientos me producen esas palabras de María: «Haced lo que él os diga»?*
- ❖ *¿En qué signos afianzo mi fe y mi confianza de discípulo de Cristo?*
- ❖ *Ante el enfrentamiento con la mentalidad dominante, que comporta la fe, ¿cómo reacciono? ¿Me dejo llevar por lo que me resulta más cómodo? ¿Busco el apoyo de ese «otro viajero» y la intercesión de María? ¿Lucho por afianzar el seguimiento de Jesús a pesar de las dificultades?*

El mundo es plural y está poblado por gentes que tienen muy diverso el corazón. No es del todo exacto que el mundo esté dividido en buenos y malos; es quizá más verdad que todos llevamos dentro un poco de todo; pero ahí está el misterio de la libertad, que hace que en el mundo haya mucho de bueno y también mucho mal. Yo puedo hacer el bien y el mal: con mis cualidades, con mi inteligencia, con mi tiempo, con mis palabras, con mis decisiones. Debo mirar a mi alrededor y dejar brotar una sensibilidad como la de María en las bodas de Caná, sin reparar en los costes que puede comportar.

Señor, te damos gracias  
por los hombres que trabajan en paz  
y por los que construyen un mundo más feliz.

Sin embargo, también vemos a menudo  
que hay niños, mujeres y hombres que sufren.  
Tienen hambre, están heridos por la guerra,  
cazados en sus casas,  
acribillados por las bombas y los fusiles.  
También vemos, a veces,

hombres y mujeres que se sacrifican  
por los que sufren,  
y les ayudan a aliviarse.  
Luchan contra el mal,  
sonríen a los que temen y a los débiles,  
les infunden aliento y esperanza.

Señor, cuando se ama de verdad,  
el sufrimiento es menos pesado de llevar,  
las injusticias retroceden  
y las rencillas se apagan.

Enséñanos a amar, a luchar, a sonreír  
para que llegue a nosotros la paz y la amistad,  
para que florezca la esperanza  
en el corazón de todos y cada uno.

- Dichosa eres, Virgen María, porque Dios Padre te ha mirado y te ha elegido para ser la madre del Salvador. R/ Dichosa eres, Virgen María.
- Dichosa eres, Virgen María, porque el Señor ha obrado maravillas en ti. R/ Dichosa eres, Virgen María.
- Dichosa eres, Virgen María, por tu fe, tu esperanza y tu amor. R/ Dichosa eres, Virgen María.
- Dichosa eres, Virgen María que estás en el cielo y vives con Dios para siempre. R/ Dichosa eres, Virgen María.

La Virgen sueña caminos,  
está a la espera.  
La Virgen sabe que el niño  
está muy cerca

De Nazaret a Belén  
hay una senda  
Por ella van los que creen  
en las promesas.

Los que soñáis y esperáis  
la buena nueva  
Abrid las puertas al niño  
que está muy cerca

El Señor cerca está,  
Él viene con la paz.  
El Señor cerca está,  
Él trae la verdad.